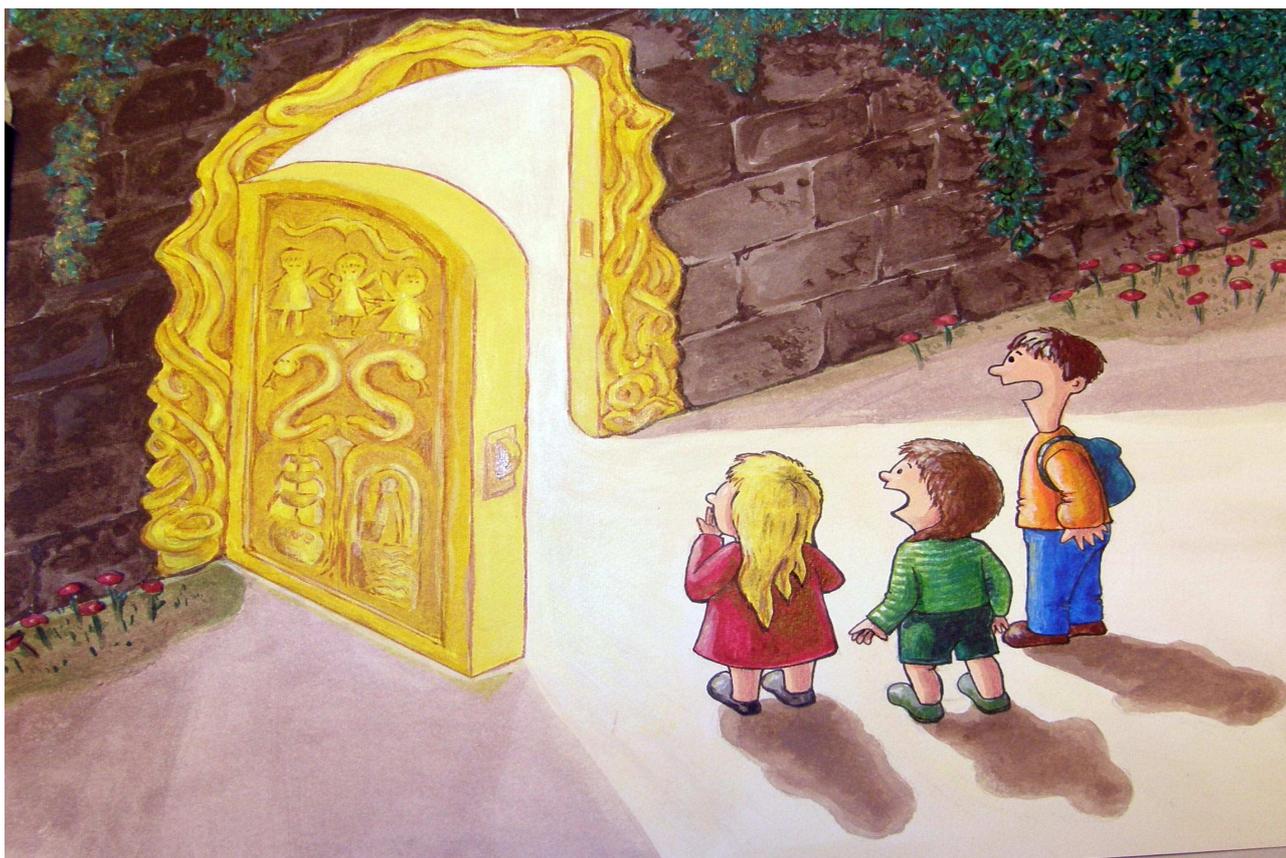


RECOPIACIÓN DE CUENTOS ILUSTRADOS

REALIZADOS EN LOS CURSOS
“ESCRITURA CREATIVA”
“ILUSTRACIÓN DE ALBUMES INFANTILES”
PROGRAMA ALICANTE CULTURA
Edición 2010 - 2011



PRESENTACIÓN INSTITUCIONAL

El Álbum Infantil Ilustrado es un género literario que se caracteriza por la combinación de un contenido textual y un contenido ilustrado o imagen. Este tipo de obras tienen una especial relevancia actualmente gracias a que lo expresado por el autor en el texto se complementa con la aportación de la imagen. Debido a ello, cobra un atractivo especial para el público juvenil e infantil, ya que la presencia de imágenes permite al pequeño lector interpretar el texto más allá de las palabras.

Durante la programación del curso 2010 – 2011 y en el marco de la celebración del III Salón del Álbum infantil Ilustrado Ciudad de Alicante, el Programa Alicante Cultura ofreció dos cursos a la ciudadanía alicantina, “Escritura creativa: ¡Menudas Historias!. Escribir para niños y niñas” e “Ilustración de Álbumes Infantiles”. El primero con el objetivo de aportar las nociones narrativas esenciales para introducir a los participantes en el mundo de la escritura creativa y el segundo con el objetivo de enseñar de manera teórica y práctica las bases técnicas y estéticas de la ilustración infantil como medio para poder expresar las ideas y emociones.

Como resultado de la realización de estos cursos, los textos realizados por los participantes del curso de Escritura Creativa se han enriquecido con ilustraciones elaboradas por las personas que han participado en el curso de Ilustración de Álbumes Infantiles, logrando una exquisita recopilación de cuentos ilustrados, fruto del trabajo, la creatividad e imaginación de sus autores/as.

Desde el Patronato Municipal de Cultura nos complace presentar y darle difusión a esta iniciativa, surgida del trabajo personal y grupal de los participantes de ambas actividades que se realizaron en el Aula Municipal de Cultura “Chalet Ingeniero de Tranvías”.

Miguel Valor Peidro
Teniente Alcalde de Cultura

RELACIÓN DE AUTORES/AS E ILUSTRADORES/AS

Curso: “ Escritura Creativa: ¡Menudas Historias! Escribir para niños y niñas”
Realizado en el Aula Municipal de Cultura “Chalet Ingeniero de Tranvías”
Del 18 de Octubre de 2010 al 21 de Febrero de 2011.
Profesor: Juan Carlos Pereletegui Jornet.

Autores/as:

Rocío de Frutos Herranz
Cristina Granja Cortés
Mari Carmen Llavador Martínez
Magdalena Amann Gonzalez de Ubieta
Rommy Proaño Vargas
María José Arguello Martínez
Francisco Lillo Martínez
Andrea Aracil Climent
Daniel Segovia Lalinde

Curso: “Ilustración de Álbumes Infantiles”
Realizado en el Aula Municipal de Cultura “Chalet Ingeniero de Tranvías” desde el
Del 18 de Octubre de 2010 al 21 de Febrero de 2011.
Profesor: Marc Llorens Serrano.

Ilustradores/as:

Barbara Granja Cortés
Laura Quirante Arenas
Mercedes Laguía Nuñez
Pedro Robles Ramos
Silvia García del Pino
Lola Fernandez Lentisco

INDICE

Clara y el Ratoncito Pérez.....	8
Un disfraz de lobo feroz.....	12
El ratón Timoteo.....	16
Navidades con Maggie.....	22
Pau, la cama y las arañas.....	27
Dorado espejismo.....	32
El pájaro que no quería volar.....	40
El viejo y la montaña.....	45
Un mundo mágico.....	49
Las 7 mariposas mágicas.....	53

CLARA Y EL RATONCITO PÉREZ

Rocío de Frutos Herranz
Ilustraciones: Barbara Granja Cortés

A Clara se le movía un diente. Al principio muy poco, casi no lo notaba. Después empezó a moverse más y más. A veces, lo empujaba con la lengua y parecía que el diente fuera a salir despedido de la boca, pero luego volvía a su sitio. Clara se miró en el espejo de su habitación y trató de imaginarse sin diente. Pensó que iba a estar horrible. A algunos niños de su clase ya se les había caído algún diente y a Clara no le gustaba la cara que se les quedaba, sobre todo cuando se reían. Le daba un poco de miedo ver esos agujeros negros en sus bocas.

«Yo estaré igual», pensó la niña inquieta. Y otra cosa que le preocupaba era cuánto tiempo tardaría en salir el nuevo diente. ¿Y si no salía?

—Clara, eso es una tontería —le dijo su madre—. Tus dientes son de leche y tienen que caerse para que salgan otros más fuertes. Siempre es así, es lo natural. No tienes que preocuparte. Además, ¿no te hace ilusión que venga el Ratoncito Pérez?

—Sí, eso sí —respondió Clara aunque no muy convencida.

A Clara le habían explicado que cuando se le cayese el diente lo debía colocar esa misma noche bajo la almohada. Entonces mientras ella dormía llegaría el Ratoncito Pérez para llevarse su diente y a cambio le dejaría un pequeño regalito. Clara no imaginaba cómo un simple ratoncito podía recoger todos los dientes que se les caían a los niños y dejarles su regalo en una sola noche. Los ratoncitos no eran muy grandes.

Una tarde, el diente de Clara se cayó por fin. Fue mientras merendaba. Notó algo duro en la boca y un poco nerviosa lo sacó con los dedos. Lo miró atentamente. Era muy pequeño. Corrió a enseñárselo a su madre.

—Mami, mami, mira.

—¡Qué bien Clara! Esta noche vendrá el Ratoncito Pérez.

Clara se miraba en el espejo. Pensó que si no abría mucho la boca no se le vería aquel hueco negro tan feo que había dejado el diente que se había caído.

Aquella noche cuando se fue a la cama no tenía ni pizca de sueño. Había colocado su diente bajo la almohada y cada poco tiempo lo tocaba para comprobar que seguía allí. No podía dormir. De pronto oyó un pequeño ruido. Asomó un poco la cabeza entre las sábanas y entonces vio algo moverse muy rápidamente por el suelo y casi sin darse cuenta apareció en su almohada un ratoncito que casi le rozaba la nariz con su larguísimo rabo.



Llevaba una gorra sobre la cabeza y una pequeña mochila a la espalda. Su hocico se movía sin parar y unos ojos grises la miraban muy serios.

—Deberías estar dormida —le dijo con voz chillona.

—No podía dormir —susurró Clara—. No te estorbaré. Puedo ayudarte si quieres.

—No, no quiero —respondió el ratoncito que parecía muy enfadado—. Deberías estar dormida —repitió

—Pero estoy despierta. Y me alegro de conocerte, aunque parece que tienes mal genio —respondió la niña sentándose en la cama.

El Ratoncito Pérez no sabía qué hacer. Aquella niña era un poco impertinente. Estuvo a punto de darse media vuelta y marcharse. Pero él siempre había cumplido con su deber. Tenía que pensar una solución.

—Lo primero es recoger tu diente y guardarlo —dijo el Ratoncito.

Clara buscó bajo la almohada, encontró el diente y se lo dio al Ratoncito. Éste lo envolvió en un pañuelo y lo metió en la mochila.

—¿Por qué lo guardas? ¿Para qué sirven los dientes que se caen? —preguntó Clara.

—Te lo contaré, pero primero vuelve a acostarte —respondió el Ratoncito más amable.

Clara obedeció y el Ratoncito Pérez se sentó sobre su almohada y comenzó a hablarle con voz suave.

—Yo vengo de muy lejos...

—¿Más lejos que el mar? —preguntó Clara

—Oh sí, mucho más. Es el lugar donde la línea del horizonte desaparece. Donde todo es posible: es el *País de los Sueños*. Pero para que siga existiendo necesita los pequeños dientes que a los niños se les caen porque estos dientes conservan la ilusión y la inocencia de los niños. Cuando reunimos un buen montón de dientes, los trituramos en un molino hasta convertirlos en un polvillo blanquecino. Luego se lanza al aire por una gran chimenea y es transportado por el viento a todos los lugares del Mundo. La potente luz del sol lo hace invisible, las nubes ligero, las gotas de lluvia lo refrescan. Los pájaros le regalan sus trinos alegres y las mariposas realizan delicados vuelos de colores. Las flores se levantan cuando les roza, despidiendo mil perfumes y los árboles sacuden sus ramas en suave murmullo. Y de este modo, todos los que son capaces de sentirlo, están preparados para soñar...

El Ratoncito Pérez no terminó la frase, Clara se había quedado dormida mientras le escuchaba. Muy despacio, se colocó la mochila sobre los hombros, se ajustó la gorra, saltó al suelo y desapareció.

Por la mañana al despertarse, Clara pensó en su encuentro con el Ratoncito Pérez. No estaba segura de si había ocurrido de verdad o si lo había soñado. Entonces miró bajo la almohada y vio una cajita de marfil que contenía un bonito colgante. Sonrió feliz y se lo puso. Se miró en el espejo y se vio guapa. Ya no le importaba que le faltara un diente.

UN DISFRAZ DE LOBO FEROS

Cristina Granja Cortés

Ilustraciones: Barbara Granja Cortés

Wolfi no era un lobo como los que salen en los cuentos. De hecho no se parecía nada a un lobo de verdad. Esto era así porque siendo tan solo un cachorrito, un Rey lo encontró mientras cazaba por el bosque.

Este Rey tenía tres hijas trillizas que no paraban de hacer trastadas. Al ver al pequeño lobito, el Rey tuvo una idea: «*Mis hijas estarán más entretenidas si cuidan una mascota*» pensó «*y dejarán de darme la lata*».

Así fue como sucedió. Wolfi fue criado en el castillo por las tres princesitas. Cada día, las niñas jugaban sin parar con Wolfi, se montaban a caballito sobre su lomo, lo llenaban de lacitos y le gastaban un montón de bromas que Wolfi soportaba sin un solo gruñido. Después, por la tarde, salían a pasear por el bosque hasta que se hacía de noche. Entonces volvían al castillo y bañaban a Wolfi en la bañera real, y para ello gastaban un bote de champú, uno de suavizante, un peine, siete toallas y tres secadores, uno por cada princesa, hasta que Wolfi quedaba suave y bien peinadito. Por último, las trillizas iban a su cuarto y allí leían con Wolfi un montón de cuentos de princesas antes de irse a dormir (es que a estas princesas sólo les gustan los cuentos de princesas).

Pero un día sucedió algo inesperado. Entre los cuentos apareció uno que nunca antes habían leído. Este cuento trataba de una niña vestida de rojo a la que perseguía un lobo muy feroz y malo.

—¡Vaya rollo de cuento! —decía una niña—. ¡No sale ninguna princesa!

—¡Ni hadas madrinas! —decía la otra.

—¡Ni zapatitos de cristal! —decía la tercera.

Así que, aburridas, tiraron el cuento a la papelera.

Pero sí hubo alguien a quien le gustó el cuento.

Wolfi nunca había escuchado una historia en la que saliera un lobo, así que cogió el cuento entre los dientes y se lo llevó a su rincón de dormir. Allí lo leyó una y otra vez, y cuanto más lo leía, más le gustaba. En el cuento, había también un dibujo en el que el lobo feroz aparecía aterrador, todo dientes y garras, y el pelo de punta.

Wolfi se preguntaba si los lobos de los cuentos tenían ese aspecto, y decidió investigar. Así que fue a la biblioteca de palacio, y allí encontró otros cuentos en los que aparecían lobos feroces. Algunos perseguían cerditos, otros cabritillas, y todos eran terribles y asustaban muchísimo.

Wolfi nunca había asustado a nadie, ni siquiera un susto pequeñito, y pensó que era porque no tenía aspecto de lobo feroz. Entonces tuvo una idea:

«*¡Me disfrazaré!*» pensó entusiasmado, «*así pareceré un lobo como los que salen en los cuentos*» y se puso manos a la obra.

Primero fue a la pocilga real, donde viven los cerditos del Rey, y sin pensárselo dos veces, se revolcó en un gran charco de lodo, hasta que quedó todo embadurnado y apestoso. Después, en el baño de palacio, gastó tres botes de laca, dos de gomina, uno de fijador y un secador de las princesas, hasta que todo su pelo quedó de punta.

Por último, con la lima del herrero real, se afiló los dientes y las uñas.

Por fin, Wolfi se miró en un espejo.

Ya no se parecía nada al manso lobito que siempre era, en cambio, era idéntico al malvado lobo feroz del cuento.

Satisfecho con su disfraz, decidió gastarles una broma a las tres princesitas.

—¡Con lo que les gustan las bromas! —se dijo—. ¡Se van a reír muchísimo!

Y fue a esperar a las princesas al camino del bosque.

Las trillizas se preguntaban dónde se había metido Wolfi.

—¡Qué raro!, siempre viene a pasear con nosotras. —dijo una princesa.

—¡Seguro que se quiere librar del baño! —dijo la otra.

—¡Ya veréis cuando aparezca! —dijo la tercera.

Aún estaban diciendo esto mismo, cuando de detrás de un árbol apareció Wolfi, que enseñando las garras y abriendo la boca todo lo que pudo, soltó el rugido más grande que había dado en toda su vida:

iiiiRRROOOOOOAAAAARRR!!!!

Del susto que se llevaron, a las princesas se les borraron las pecas de la nariz, y las coronas salieron volando cuando se les pusieron los pelos de punta.

Wolfi se cruzó de brazos sonriendo y esperando a que las princesas dijeran algo así como:

— Jolín Wolfi, ¡qué susto!, esta broma sí que ha sido buena ...

Pero las princesas no decían nada y miraban a Wolfi con los ojos como platos.

Entonces primero empezó una, después la otra y por último la tercera. Las tres princesas se pusieron a llorar y a gritar a la vez.



Sucedía que cuando las tres princesas lloraban y gritaban a la vez, más le valía a uno taparse las orejas, cosa que Wolfi sabía muy bien, así que corrió a consolarlas antes de que le dejaran sordo.

Lo que las princesas vieron fue a un lobo feo que corría hacia ellas para comérselas, así que aún lloraron más fuerte. Menos mal que al acercarse, las princesas reconocieron enseguida a Wolfi, y dejaron de gritar.

—¡Pero Wolfi!, ¡vaya pinta tienes! —dijo una princesa aún entre sollozos.

—¡Y menudo tufo echas! —dijo la otra princesa sorbiendo los mocos.

—¡A la bañera! —dijo la tercera.

Las princesas metieron a Wolfi en la bañera real, y para bañarlo utilizaron tres botes de champú, cuatro de suavizante, seis peines, catorce toallas y tres secadores, uno por cada princesa, hasta que Wolfi quedó de nuevo suave y bien peinadito.

Luego leyeron un montón de cuentos (de princesas) antes de irse a dormir, no sin antes hacer prometer a Wolfi que nunca más intentaría asustarlas ni se disfrazaría de lobo feroz.

Y todo volvió a ser como siempre...

Bueno..., no exactamente como siempre...

Aquella misma noche, Wolfi soñó que cocinaba en una gran olla ricos guisos hechos con cerditos, abuelitas y niñas vestidas de rojo.

Después de todo...Un lobo es un lobo ¿No os parece?

¡AUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU.....!

FIN

EL RATÓN TIMOTEO

Mari Carmen Llavador Martínez
Ilustraciones: Laura Quirante Arenas

Timoteo es un ratón
que vive en un cajón
en un cajón muy bonito,
con ventana y colchoncito.

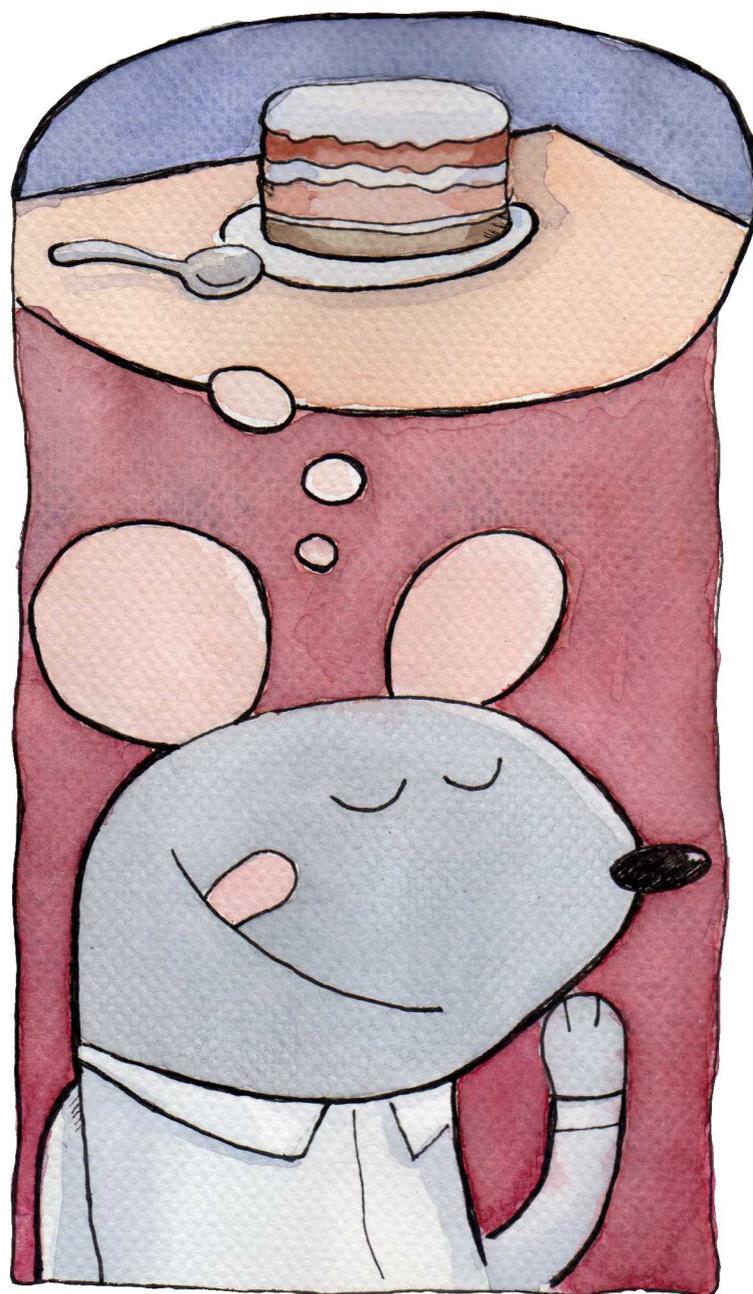


Se despereza temprano,
Bosteza como un humano.
Si pereza se levanta
De un golpe la manta aparta.

Cuando se quita el pijama
Lo pliega sobre la cama.
Se lava y peina de prisa
Y se pone su camisa
Luego viene el desayuno
Y come como ninguno
Unas ricas tostadas
Y sabrosas mermeladas.
Entonces se lava los dientes
Para que estén relucientes.
Luego canta mirando al sol

Do, re, mi, fa, sol,
Sol, fa, mi, re, do.

Timoteo es muy goloso
Mucho más que algún oso.
Detrás va de un buen pastel
Que el otro día hizo Isabel.



Con huevos y con harina
Con yogur y golosina
lo tiene bien guardado
bajo un enorme candado
mas la puerta está entreabierta
Timoteo piensa en la fiesta
que se ha de regalar
con succulento manjar
y no le importa a Timoteo
sabiendo que eso está feo.

Lo primero que él ha hecho
ha sido mirar al techo
allí hay una ventana abierta
que hace las veces de puerta
y ve al vecinito de enfrente
que sabe que es muy valiente
y no le asustan los ratones
que se ven por los rincones.

“Pau, corre, ven a ayudarme”
que necesito calmarme.

Corriendo, veloz, Pau acude.
A dos, escalones sube.
y juntos ambos se van
subiendo hacia el desván.
Pero encuentran a Pimienta
que es la rata más sangrienta.
Que persigue a Timoteo
porque dice que es muy feo.
Más Timoteo la huele
“Pimienta le repele”.
Tampoco a Pau le gusta
también la rata le asusta.
Timoteo no piensa en vano
pintarle a Pimienta un grano
que a la rata le dé picores
y unos grandes retemblores
que suban por sus narices
como si fuesen lombrices.
Y ataquen como piratas
las lombrices a la rata.

Allí dejan a Pimienta
rascándose por su cuenta.

¡Ya llega el vencedor!
gritan a su alrededor
muchos golosos ratones
que salen por los rincones.
Más Pimienta no se cansa
urdiendo está la venganza
de tener entre sus dientes
a Timoteo el valiente
con sus dientes afilados
morderle piensa en algún lado.
Al guapo de Timoteo
quiere dejarle muy feo
¡más Timoteo es tan guapo!
que lo quiere hasta el gato
El gato de la encina
que se manchó de harina
de aquel rico pastel
que hizo niña Isabel
con cremas multicolores
y que adornó con bellas flores,
todas eran perfumadas
y cultivadas por las hadas
cerca del cajoncito
donde vive el ratoncito
ese guapo Timoteo
al que Pimienta quiere dejar feo.

NAVIDADES CON MAGGIE

Magdalena Amann Gonzalez de Ubieta

Ilustraciones: Laura Quirante Arenas

Maggie estaba contenta pero nerviosa, pues se acercaban las vacaciones de Navidad. Necesitaba sacar buenas notas y así recibir los regalos que había pedido en su carta a los Reyes Magos días antes. A ella no le gustaba ir al colegio, pero había mejorado mucho en su comportamiento y esperaba conseguirlo.

Esa mañana, al mirar por la ventana, vio el jardín cubierto de blanco por la nevada que caía, y pensó:

-Seguro que hoy no hay clase y podré jugar con mis amigas en la nieve... – y recordó todos los planes que tenían para esos días.

Tan pensativa estaba que no oyó a su madre que le llamaba para desayunar. Bajó corriendo las escaleras diciendo:

-¡Ya voy, mami! ¡No te oía!... ¿Podrán venir Pili y Mili a casa?

- Sí, le dijo su madre, pero antes tendrás que arreglar tu habitación, que está hecha un lío.

Cuando llegaron sus amigas decidieron hacer un muñeco de nieve.

Estuvieron de acuerdo en que los ojos fueran dos trozos de carbón. Luego Pili quiso que la nariz fuera una zanahoria, pero Mili dijo:

-No! Pregúntale a Maggie y verás como dice que es mejor con un pimiento colorado.

-¿Por qué?

-Pues porque cuando hace mucho frío, la nariz se pone como un pimiento. Lo sabe todo el mundo.

-Bueno, pues la boca –dijo Maggie – que sea un tomate.

Además le pusieron un sombrero viejo, una bufanda con rayas de colores y un bastón.

-¡Bien! ¡Viva! – gritaron de alegría al verlo terminado.

Le llamaron Don Pim Pon, y fue su mascota.



Luego siguieron tirándose bolas y deslizándose con el trineo sin parar una y otra vez.
-Ahora me toca a mí – decía Mili – ya he estado mucho tiempo empujando.
-ide eso nada! - Dijo Maggie – ipara eso es mío!

Y así, subiendo y bajando, entre enfados y bromas pasaron la mañana, y terminaron agotadas esa tarde.

El último día volvió al colegio a recoger las notas, que afortunadamente eran buenas esta vez.

Esa tarde, junto a sus hermanos, la dedicaron a montar el belén, al que no le faltaba de nada.

Las figuras eran de cerámica y las había hecho todas su padre. Cada año celebraban en casa un concurso de disfraces y el ganador elegía una nueva figura para añadir al belén, y que el padre de Maggie hacía con mucha ilusión.

Ocupaba un gran espacio en el salón, y el él había un ángel, los pastorcillos junto a la hoguera, el río con las lavanderas y un grueso puente de piedra y madera por el que pasarían muy pronto Melchor, Gaspar y Baltasar, llevando consigo las cartas.

Los niños de la casa se levantaban cada mañana para ver si los Reyes Magos habían avanzado hacia su destino, y misteriosamente comprobaban que se acercaban más cuando el día anterior se habían portado bien.

También adornaron un árbol a la entrada de su casa, al que pusieron bolas de colores, espumillón y una gran estrella luminosa en su copa.

El día de Santo Tomás su padre les despertó temprano para ir al mercado que ponían los aldeanos en la plaza del pueblo con sus mejores productos.

-¡Vamos chicos! ¡Arriba!, que llegamos tarde - les decía.

A Maggie no le importaba madrugar ese día en el que iban a elegir el pavo para la Nochebuena. Se divertía mucho viendo todo aquello lleno de animales, entre la muchedumbre, y el griterío que organizaban vendedores y clientes en la puja por encontrar la mejor mercancía a buen precio.

Y llegó el mágico día 22, el de la lotería, en el que los niños de San Ildefonso cantarían con sus angelicales voces el número del gordo de Navidad.

Estaban todos impacientes junto a la radio escuchando el sorteo. ¿Sería en esta ocasión su décimo el agraciado?

-¡Oh, no! - Tampoco esta vez la fortuna les quiso favorecer.

-Bueno - se dijeron – tal vez el año que viene.

La nochebuena se presentaba fría, y había que calentar bien la casa encendiendo la chimenea y las estufas. El comedor estaba adornado con bonitas guirnalda colocadas de lado a lado, que hacían resplandecer más aún las lámparas de cristales.

La mesa estaba vestida con todo lujo de detalles. Esa noche se ponía el mejor mantel bordado a mano por su madre, que era de colores muy vivos formando dibujos de "Papá Noel", campanillas y estrellas. A Maggie le dejaban ayudar formando las figuritas de mazapán que a todos les encantaban.

Esa noche se cenaba pronto, sobre las nueve, pues a las doce en punto, iba toda la familia a la tradicional misa de gallo. Luego se juntaban con los amigos y vecinos y regresaban a casa a comer el turrón y a jugar hasta la madrugada. Era una gran noche.

Estaban a punto de sentarse a cenar cuando sonó el timbre de la puerta. Al abrir vieron a un joven andrajoso pidiéndoles comida o limosna. Los padres, emocionados, pensaron en su hijo Carlos, que estaba estudiando en el extranjero, pues aparentaba su misma edad y le preguntaron enseguida:

-¿Qué haces con este frío por la calle, tú solo, pidiendo?¿Acaso no tienes familia?

Él les contó que se llamaba José y que se había escapado de casa porque no se llevaba bien con su padrastro.

-No puedes estar solo esta noche. Te quedarás con nosotros y ocuparás el lugar de nuestro hijo Carlos – le dijeron.

Después de asearle y ponerle ropa limpia, le sentaron con todos a la mesa. Pasaron una inolvidable velada, cantando y riendo en paz y armonía.



A la mañana siguiente, José había desaparecido, pero encontraron una nota que decía:

“Estoy muy agradecido por todo lo que habéis hecho por mi en Nochebuena. Ahora me arrepiento de haber discutido con mi familia. Volveré a casa para abrazar a mi madre que seguro que me espera con los brazos abiertos. Adiós”.

Nunca más volvieron a saber de él, pero ellos quedaron contentos de haber hecho algo bueno de haber pasado una Feliz Navidad.

PAU, LA CAMA Y LAS ARAÑAS

Mari Carmen Llavador Martínez
Ilustraciones: Laura Quirante Arenas

Había una vez un niño que se llamaba Pau. Cuando le daban vacaciones solía ir a casa de su abuelita, que vivía en un pueblo.

—Mi cama es muy rara. ¿Verdad abuelita?

—No cariño, tú cama no es rara, lo que ocurre es que es distinta de las de la ciudad.

—¿Mi cama puede volar?

—No, Pau, tu cama no tiene alas. Tu cama tiene patas.

—Entonces, si tiene patas podrá andar.

—Tiene patas sí, pero no puede andar porque no es un animal.

—Bueno, pero si quiero es mágica ¿Verdad?

—Tu cama va a ser lo que tú deseas. ¿Quieres que sea mágica, pues lo será.

Y Pau se quedó conforme.

—Cariño, ¿quieres que te cuente un cuento, sí o no?

—¿Tú crees que si estiro mucho la pierna llegaré a tocar el techo con el pie? —preguntó sin contestar a su abuelita.

—No lo creo. Verás Pau, para tocar el techo con el pie tendrías que tener unas piernas larguísimas pero entonces serías un niño patilargo.

—Yo no quiero ser un niño patilargo. ¿A qué si estiro mucho mi pierna puedo tocar el techo?

—Pues entonces serías una araña patas largas.

—¡Pues nooo...! Tampoco quiero ser una araña patas largas, no me hace falta ser araña para tocar el techo porque mi cama es mágica. Claro que tú no puedes ver cómo lo hago.

—Recuerdo una vez que toqué el techo con mis manos porque mi papá, cuando yo era pequeña, me tenía en brazos. Había una araña tejiendo su telaraña en un rincón. No veas el susto que me llevé.

—Abuelita, las arañas no hacen nada

—¿Qué no hacen nada? Tú por si las moscas no las toques. Como no las dejes tranquilas te pueden morder. No, si malas no son porque atrapan a los insectos que se comen tus cuentos. Hay una araña que se llama *Loxosceles Laeta* que le gusta vivir detrás de los cuadros y los muebles y ataca con un veneno muy fuerte.

—¡Mama mía, pues yo no voy a tocar ninguna araña!

—Hay otra araña la *lycosidae* que es muy buena mamá? Cuando las arañitas salen de la ooteca, se llama así el saquito de seda donde nacen, la mamá la sigue cuidando y las transporta sobre su cuerpo hasta que se hacen mayores.



—Pues yo no soy una araña, para que te enteres. Soy un niño.

—Pues claro que eres un niño y muy guapo y muy listo pero ¿mira que decirme que tú cama vuela?

—Claro que vuela, pero tú no la ves porque cuando vuela estás dormida.

—¿Vuela de noche?

—Sí, cuando duermo.

—Vaya, vaya, eso no lo sabía yo —dijo la abuelita— Una vez vi una película de una cama que volaba y una bruja la conducía. Bueno, y ahora sí quieres te cuento el cuento, que ya es hora de dormir —terminó diciendo.

—Espera abuelita, no empieces todavía. Dime, ¿conoces más cosas de las arañas?

—Claro que sí. Las arañas tienen mandíbulas, y colmillos por donde liberan su veneno. Son artrópodos porque sus ocho patas están articuladas y tienen ocho ojos pero algunas casi no ven.

—Mejor, así no me verán a mí cuando toque el techo.

—¿Sabes Pau, que hay una araña que se llama escupidora?

—¡Uf! ¡Qué asco!

—Es inofensiva, no te va a hacer daño.

—Pero no se debe escupir ¿verdad? Mamá dice que no escupa.

—Y lleva razón. Los niños no deben escupir, eso está muy feo pero la araña escupidora lo hace para cazar y alimentarse. Escupe una saliva espesa que inmoviliza a los bichos.

—Pero yo no soy ningún bicho por eso a mí no me escupirá ¿verdad abuelita?

—Por supuesto, cariño. ¿Cómo vas a ser tú un bicho si eres el niño más bueno que conozco?

De pronto Pau le dio un abrazo muy grande a su abuelita y un beso enorme, tan fuerte que la araña saltadora del rincón del marco de la ventana, sintió envidia y se acordó de su abuelita que vivía en otra ventana.

—¿Todavía hay más arañas?

Por supuesto, hay miles de ellas, están las pescadoras, las de patas de peine, las tenebrosus, las arañas lobo...

—¿Has dicho arañas lobo?

—Sí, hay unas arañas que las llaman lobo.

—¡Uy, qué susto, abuelita!

—No te asustes que éstas suelen vivir bajo las piedras y son muy miedosas. Las llaman lobo porque tienen muchos pelos en las patas.

—¿Sabes una cosa, abuelita? Ya no quiero saber más cosas de arañas que me asustas.

—Pero deja que te cuente algo sobre la tarántula.

—¿Cómo es la tarántula?

—La tarántula es grande.

—¿Muy grande? ¿Cómo un conejo?

—No. Como un conejo no. Aunque las hay de todos los tamaños pero una en particular, la tarántula rodillas rojas, puede ser tan grande como la palma de la mano. La gente la tiene como mascota, aunque no debería porque está protegida.

—Da miedo, ¿verdad?

—Hay que saber cogerla pero tú, por si acaso, no la toques. Las tarántulas viven más de veinte años, el doble que un perro y lo mismo que un caballo. Cambian la piel muchas veces, pero no todos los días como tú de calcetines, ellas lo hacen para poder crecer. Las mamás son más grandes y los papás más flaquitos y todas tienen pelos en las patas, son arañas lobo.

—Abuelita no me hables más de arañas, por fa. ¡Aaah!, qué sueño tengo...

Y la abuelita viendo que el sueño podía con él, le dio un beso diciéndole:

—Llevas razón, cariño. Dejemos tranquilas a las arañas que ahora toca dormir.

Y Pau se quedó dormido y soñó que volaba al país de las arañas gigantes y su cama era atrapada por la telaraña y salía la araña con sus mandíbulas dispuesta a comérselo pero él, que era muy valiente, sacaba una espada y luchaba contra la araña, la mataba y salía triunfante rescatando a su cama y volvía a volar atravesando montes y valles.



DORADO ESPEJISMO

Rommy Proaño Vargas
Ilustraciones: Mercedes Laguía Núñez

¡Buenas noches señoras y señores! Hoy tenemos en nuestro programa a un prolífico escritor ganador de varios premios, es el escritor del momento, nos ha llevado con sus fantásticas historias alrededor del mundo para hacernos disfrutar de aventuras insospechadas. ¡Recibamos con un fuerte aplauso a Enrique Alarcón Ballesteros!

—Adelante por favor, es un honor tenerle como invitado.

—Buenas noches, gracias a ustedes por invitarme.

—Estamos aquí para hablar de su última novela *Dorado Espejismo* en la que cuenta una historia basada en una experiencia propia, cuando usted tenía 16 años, ¿cómo empezó esta aventura tan personal?

—Todo empezó hace unos cuantos años efectivamente, ahora tengo 44 y permíteme que te tutee, me resulta más familiar y cercano, al fin y al cabo os voy a hablar de mí.

Como ya sabéis mi abuelo y mi padre fueron arqueólogos, bueno mi padre los es porque aún vive, los dos se entregaron en cuerpo y alma a su trabajo porque era su pasión, la mayor parte del tiempo lo dedicaban a la investigación pero como buenos arqueólogos que eran al trabajo de campo también, se enfundaban el traje de explorador e iban allí donde había algo que desenterrar, descubrir, estudiar o simplemente mirar y admirar. Mi abuelo murió con 62 años en el accidente de avioneta que precisamente le llevaba de la ciudad de Lima en el Perú a la ciudad de Cuzco para iniciar la expedición con la que había soñado toda su vida, encontrar El Dorado, la ciudad de oro del Imperio Inca el más grande y antiguo en Sudamérica antes de la llegada de los españoles, su poderío y riqueza eran enormes, veneraban al sol, a sus emperadores los llamaban Los Hijos del Sol por su linaje. Mi padre no pudo acompañarlo en esta ocasión porque mi hermana estaba a punto de nacer y mi abuelo no podía retrasar la expedición, lamentablemente se fue para siempre, pero su espíritu investigador y aventurero ha permanecido siempre, prueba de ello es este libro, fue muy duro para nosotros asumir su pérdida.

—¿Fue cuando tu padre estuvo a punto de abandonar su pasión por la arqueología?

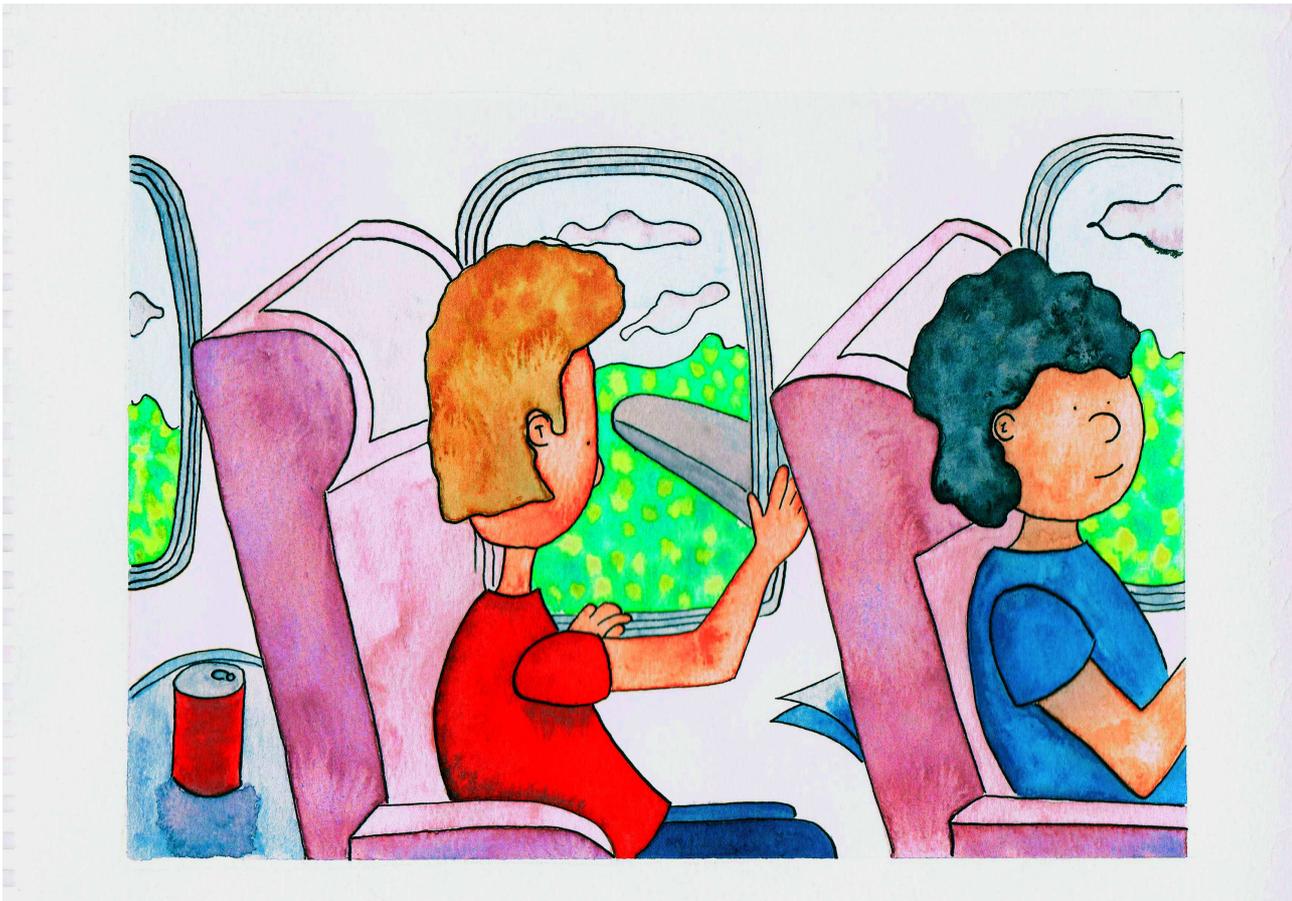
—Sí estuvo a punto pero fue ese espíritu el que le empujó a continuar con las investigaciones sobre El Dorado hasta el extremo de querer realizar él la expedición.

—¿Y tu madre qué decía a todo esto?

—Mi madre siempre que pudo acompañó a mi padre a donde él fuera, con mi hermana pequeña no podía y no quería que se fuese solo, mi padre tuvo que desistir de la idea pero por poco tiempo, en un par de años la expedición estaba lista para partir, quería además que yo fuera con él, yo había seguido todos sus pasos y estaba enterado de la expedición, El Dorado, los Incas casi tanto como él y mi madre no pudo oponerse.

—¡Así es como llegas al día 18 de marzo de 1982 con tu mochila al hombre dispuesto a vivir la aventura de tu vida!

—Cuando subí al avión con destino Lima tenía la sensación de que nada volvería a ser igual a partir de ahí y pensé que todo se debía simplemente a la ilusión de un chaval por vivir una aventura a lo *Indiana Jones* para luego tener algo que contar a los amigos.



Desde este momento la entrevista continuó por otro camino, parecía que Enrique se había trasladado en el tiempo a ese momento de su vida, su cara reflejaba tranquilidad y sus labios esbozaban una leve sonrisa.

—De Lima al Cuzco y desde allí con la expedición al completo fuimos en avioneta a una pequeña población en la frontera con Ecuador, allí nos recogerían unas furgonetas para adentrarnos en la selva amazónica hasta donde el estrecho e intrincado camino de tierra y barro nos permitiera, las ruedas patinaban en el barro como si estuviéramos en una pista de hielo, no terminamos fuera del camino gracias a la pericia de los conductores acostumbrados a transitar por ellos.

Desde que salimos de Cuzco habían pasado dos días, ahora nos quedaba el último trayecto en barca, el más largo y duro de todos, y había que aprovechar la luz del día porque nos esperaban ocho horas de travesía por las oscuras aguas del caudaloso río Amazonas atravesando la imponente selva tropical, sentíamos cómo nos acechaban los animales, era estremecedor estar en medio de esa exuberante vegetación, el ambiente era denso, húmedo, caluroso, íbamos empapados de sudor, los sonidos de la selva me producían una mezcla de temor y curiosidad y se me ponía la piel de gallina, en cambio en el rostro de mi padre se veía fascinación por todo aquello.

La expedición había comenzado y estaba yendo según lo previsto y sin mayores contratiempos, sabíamos que la meteorología era impredecible en esa parte de la tierra, aparte de fiarnos de los nativos del lugar y de las predicciones del tiempo que nos aseguraban que marzo no era época de fuertes lluvias, debíamos ir pendientes del movimiento de las nubes en el cielo, como la naturaleza es caprichosa y más si se sabe poderosa, que de hecho lo es, sin darnos tiempo a reaccionar literalmente el cielo se nos vino encima, de repente nos vimos envueltos por un manto de niebla espeso y gris que no nos permitía vernos entre nosotros, ni ver lo que teníamos alrededor y en un abrir y cerrar de ojos nos estaba cayendo un telón aplastante de agua, parecía que el cielo se hubiera abierto dejando caer el agua de un mar sin control, lo último que recuerdo es que milagrosamente pude abrazarme a mi padre que me decía que me quería y que le perdonara por haberme llevado hasta allí, habíamos perdido por completo el control de la barca y nos dimos un fuerte golpe contra algo, yo solo procuré no soltar a mi padre y todo oscureció.

Me desperté deslumbrado por la brillante luz del sol que me daba en toda la cara, me costaba abrir los ojos, estaba aturdido y en mi cabeza se agolpaban recuerdos e imágenes desordenadas, de pronto me vi abrazado a mi padre mientras la barca volcaba y nos hundíamos hacia la profundidad del río. Me restregué fuertemente los ojos para conseguir ver dónde me encontraba al tiempo que me preguntaba si estábamos vivos, si habíamos vuelto a casa, dónde estaba mi padre, estas preguntas perdieron su importancia cuando por fin pude ver lo que me rodeaba, lo que veía era tan alucinante que me quedé paralizado, boquiabierto y con los ojos como platos; estaba en una habitación no muy grande, el techo alto, itoda dorada! ide oro! iparedes y techo de oro! en medio un camastro rústico donde yo me encontraba cubierto con una especie de mantas muy coloridas con figuras geométricas, se parecían a una que mi abuelo se trajo de uno de sus viajes a Sudamérica, la luz del sol entraba por una ventana que al reflejarse en las doradas paredes deslumbraba hasta dejarte ciego.

Cuando aún no conseguía salir de mi asombro entró una mujer en la habitación, más bien mayor, baja de estatura con el pelo muy negro, era una indígena estaba claro, e iba vestida como en los dibujos de los libros de mi padre y mi abuelo, como se vestían los Incas hace más de 500 años. Nada más verme salió corriendo y volvió con un hombre también indígena que hablaba español y con una sonrisa me dijo:

—¿Te has despertado? Eso es bueno, ¿Estás bien?

Con mi cara petrificada le respondí que sí pero que necesitaba saber dónde estaba mi padre y si estaba bien.

El frunció el ceño diciendo:

—Tú aquí estás solo, ponte esa ropa, -la que llevaba la mujer- eres nuestro invitado de honor en la Fiesta del sol que celebramos hoy.

—¿Dónde estoy? Le pregunté.

—¿Es que aún no lo sabes? —dijo- Mira por la ventana.

Incrédulo miré y confirmé mi sospecha, era el Machu Picchu donde se encuentra el Templo del sol de los Incas y pensé que eso no podía estar pasando que era ciencia ficción.

—Todo lo que ves es real, sabes todo sobre nosotros solo te faltaba conocernos, por eso estás aquí. Vístete y espérame.

Apenas se fue miré otra vez por la ventana, todo era de verdad y la gente no parecía que fueran actores, nervioso como estaba me apresuré a vestirme con aquella ropa, una túnica blanca hasta la rodilla con el sol bordado alrededor del cuello con hilo de oro, una faja con figuras de animales de colores para la cintura y alpargatas para los pies.

Calcuchimac era el nombre de aquel indígena y fue mi anfitrión mientras estuve con ellos, pude ver y admirar todo lo que en los libros había leído, era el año 1510 principios del siglo XVI, Huayna Capac era su emperador y sería el último, el resto de la historia ya la conocéis.

Desde el sitio más privilegiado con la nobleza Inca, cerca del emperador pude participar de la Fiesta del sol, el Inti Raymi, ver las ofrendas de alimentos, los sacrificios de animales, los bailes, la música y a las Vírgenes del sol, jóvenes de especial belleza, de estirpe noble elegidas y educadas desde pequeñas para convertirse en las futuras esposas de los nobles, están al servicio del dios sol y forman parte de la corte del emperador durante ese tiempo.

A pesar de saber que estas jóvenes no pueden tener contacto con ningún hombre, no pude evitar mirar a la más hermosa joven que jamás había visto, una larga melena negra era el marco de una profunda mirada que hechizaba a quien la viera, mientras estos pensamientos rondaban mi mente, ella dirigía sus pasos hacia mí acompañada de una mujer, y con el permiso de Calcuchimac me habló en su lengua, el quechua. Yo estaba paralizado una vez más, y mi corazón latía a mil por hora, para mí se trataba de una diosa Inca y la tenía frente a mí, se quitó el prendedor de su mantilla y me lo dio cerrando mi mano con el prendedor dentro, me sonrió y se marchó, el prendedor era el símbolo de su Imperio, el sol dorado. Calcuchimac me tradujo lo que ella me había dicho: *Me llamo Anahuarque, sé de dónde vienes y es un honor tenerte entre nosotros, guarda para siempre esta ofrenda de mi pueblo, todo lo que has visto es real, no es un espejismo.*



Aquella noche fue imposible que durmiera estaba demasiado exaltado y preocupado por mi padre, nadie lo había mencionado, ¿habría muerto?

A la mañana siguiente me despertó Calcuchimac, en algún momento debí haberme quedado dormido del cansancio, el sol entraba por la ventana deslumbrándome otra vez.

—Levántate y vístete que hoy vamos a hacer un largo viaje, dijo Calcuchimac saliendo de la habitación.

Dejamos Machu Picchu para adentrarnos en la montaña.

—¿Dónde vamos Calcuchimac?

—De regreso a tu casa.

—¿Con mi padre?

—Sí, con tu padre, ha pasado mucho tiempo y está sufriendo por tu ausencia.

—¡Está vivo! Cuando le cuente lo que me ha pasado...

Calcuchimac me interrumpió.

—Tú le contarás todo lo que has visto y también le pedirás que te lleve a casa con tu familia y me tienes que prometer a mí y a mi pueblo que te acogió como a uno más que no volverán a venir ni ustedes ni otros a buscar nuestros tesoros, tú los has visto son reales y solo pertenecen a esta tierra y a este pueblo, es lo único que queda de lo que fue este imperio.

—¿Por qué me dices todo esto? Yo solo tengo 16 años ¿Qué voy a hacer para impedir que vengan a buscaros?

—Lo sabrás, escucha siempre a tu corazón mi pequeño amigo.

Algo extraño me ocurrió, como si me desmayara y empecé a escuchar la voz de mi padre...

—¿Está abriendo los ojos? ¡Está abriéndolos! ¡Enrique hijo has vuelto! ¡Has vuelto! Decía y lloraba mientras me abrazaba.

—¡Papá! ¡No te imaginas de dónde he vuelto!

Al ir a abrazarlo me di cuenta que tenía en la mano el prendedor que me había dado aquella diosa Inca.

—¡Papá fue real! ¡Estuve allí, mira! Le dije enseñándole el prendedor.

—¿De dónde has sacado esto? —me preguntó sorprendido- Si has estado inmóvil en coma desde hace un mes.

—¡No fue un sueño papá, yo estuve allí!

—¿Allí? ¿Dónde? ¿De qué me hablas?

—Del Imperio Inca, del Machu Picchu, sus templos, me vestí con sus ropas, una Virgen del sol me dio este prendedor y vi al emperador Huayna Capac, su enorme riqueza que es solo suya y nadie lo encontrará jamás.

—Hijo mío has estado a punto de morir, estarías delirando, no lo sé.

—No me crees.

—Ciertamente no hijo, pero lo que importa es que estés bien para volver a casa con tu madre que está angustiada por no poder estar aquí contigo.

—¿Dónde estamos papá?

—Seguimos en la selva amazónica, después del accidente en la barca te quedaste inconsciente, estabas tan malherido que no podíamos llevarte a ninguna parte.

—¿Qué nos pasó?

—La corriente del río nos arrastró hasta la orilla y de allí nos rescataron los únicos indígenas que viven en esta parte de la selva y a ti te ha curado y te ha cuidado el chamán de la tribu, está ahí fuera esperando para verte, habla nuestro idioma, entra Calcuchimac. No puede ser verdad, -me dije- sin poder evitar la sorpresa dije en alto,

—¿Calcuchimac?

Y Calcuchimac entró en la estancia.

—Gracias Calcuchimac —le dijo mi padre estrechándole la mano- has cumplido tu promesa y yo cumpliré la mía.

—Te prometí que volverías con tu hijo sano y salvo, ahora los dos están listos para emprender el viaje de vuelta y tienen el porvenir en sus manos.

El que decía estas palabras era el mismo hombre que me había acompañado en mi viaje a ese *Dorado Espejismo*.

—¿Fue real o solo una delirante ensoñación? Preguntó la entrevistadora.

—Fue totalmente real y si fue un sueño, ha sido el más real que jamás he tenido en toda mi vida.

—¿Y cómo es ese porvenir una vez en tu casa?

—De vuelta en España ni mi padre ni yo volvimos a hablar de lo ocurrido, el continuó con su trabajo de arqueólogo y yo en contra de lo que se esperaba estudié periodismo, fui dándome cuenta que lo mío era relatar historias y tenía muchas desde luego, poco a poco me fui convirtiendo en escritor hasta que me encontré con *Dorado Espejismo*, mi historia, la de los indígenas de Sudamérica y la vuestra por supuesto, con ella he querido que os acercarais y os interesarais por esa cultura tan diferente a la nuestra, pero tan humana como nosotros y que dejara de resultaros ajena y distante. Y finalmente ha servido también para que mi padre y yo nos reencontráramos en el punto donde lo dejamos.

—Gracias Enrique por compartir con nosotros tan maravillosa historia y hasta siempre.

—De nada, ha sido un verdadero placer.

EL PÁJARO QUE NO QUERÍA VOLAR

María José Argüello Martínez
Ilustraciones: Mercedes Laguía Núñez



En un pueblo, muy, muy lejano existía una fuente de piedra de agua cristalina. En la fuente de piedra, se coronaba con un pájaro, también de piedra en posición de echar a volar. El pájaro de piedra era feliz viendo como todos los habitantes del pueblo se acercaban a sus chorros de aguas cristalinas y frescas a beber, pero lo que más le gustaba era que todas las aves y animales del lugar también habían elegido su fuente. Ese pueblo estaba rodeado de frondosos bosques por donde vivían ciervos, jabalíes, lobos, zorros, búhos, etc.; la única tristeza del pájaro de piedra era, que no podía moverse y decía: «me gustaría volar y ver el mundo».

Un día de verano notó que algo en el pueblo pasaba, la gente corría y hablaban muy fuerte, algo estaba ocurriendo...

—¡Oh, que pena!—, dijo el pájaro. Lo que ocurría es que se estaban quemando todos los bosques que bordeaban al pueblo —¡Qué desgracia, qué horror!— decía la gente llorando.

El pájaro de piedra se puso muy, muy triste y tan triste se puso que también empezó a llorar, y lloró tanto y tanto, que empezó a derretirse,... ¡¡se estaba convirtiendo en agua!!... Lloro que te llora y cuando más lloraba más pronto se deshacía, todo él se iba cayendo a su fuente,... ¡¡Ya no era piedra,... era agua!!

—¿Que iba a ocurrir?— pensó el pájaro. Como era verano y el sol calienta mucho en esta estación, el agua de la fuente empezó a evaporarse, se convirtió en vapor y como él estaba allí también se hizo vapor,... ¡¡el pájaro de piedra era vapor!!!

—¿Y qué le pasaría?

Lo que pasó fue que subió y subió hacia el cielo y se hizo una pequeña nube. ¡¡Oh estoy volando, dijo el pájaro, «voy a ver mundo».

El pájaro, ahora nube, se puso mas contento que un niño con un balón.

Pero lo que vio, le dio mucha pena, todo estaba quemado, no había ni pájaros ni animalitos del bosque, la vida no existía. ¿Cómo se podría volver a tener esos maravillosos bosques?

El pájaro nube se movía por el cielo viendo todo el desastre a sus pies, el viento lo iba moviendo y a los lejos todavía no se veía nada bonito.

Apareció una nube y se acercó al pájaro nube, le saludó y le preguntó si podía juntarse con él y hacer una nube mas grande, el pájaro nube le contestó que sí.. No solo esa nube se unió sino que muchas mas también lo hicieron, el pájaro nube era feliz,... iiiiestaba volandoiiii



Las nubes le contaron que el viento las desplazaba de un lugar a otro y veían bonitos y maravillosos paisajes, y que cuando eran muchas y estaban repletas de agua regaban la tierra. La gente de la tierra lo llaman lluvia, y gracias a la lluvia nosotras pintamos bonitos paisajes y cuando hacemos salir el sol, él nos regala un Arco Iris.

Vino una enorme nube, llena de miles de nubes que se habían juntado, se acercó a la nube del pájaro y ellas también se juntaron, iban a regar la tierra. El pájaro nube había visto llover muchas veces y le encantaba, pero ahora el iba a ser protagonista.

La gran nube grito:

—¡¡Ya!!...— sonaba como un trueno y todas las nubes se soltaron a la vez dejando caer sus gotas de agua. El pájaro nube volvía a ser pájaro agua, cayó a la tierra, esta, estaba seca y quemada, el pájaro agua entró dentro de ella y mojó un piñón que se había salvado de quemarse y lo alimento con su cuerpo de agua.



El piñón se movió y le salió una pequeña raíz, luego un pequeño brote, ¡¡Oh, el pájaro piedra agua se había convertido en planta!!

El pájaro planta salió de la tierra y vio de nuevo el sol, el sol lo calentó y le volvió hacer vapor. El pájaro piedra volvía a volar, y era mucho, mucho más feliz. Había alimentado a una semilla y ésta había crecido, pronto habrá mas árboles y estos traerán a más nubes y la tierra nos llamará para que volvamos a regarla y se pondrá preciosa. El pájaro de piedra ya sabía qué hacer para poder tener esos bosques maravillosos. Regar la tierra, la madre, que nos alimenta y nos da salud para que los tesoros que guarda con mucho amor, que son las semillas, puedan salir de ella y así el sol las alimente y todos podamos disfrutar de esos dones.

Pero él había conseguido su deseo: volar, ver mundo, hacer amistad y sobre todo ayudar a la tierra.

Amiguito hay que cuidar la naturaleza, sin naturaleza, no habrá vida, ni bellos cuentos que podamos contar. ***Colorín colorado este cuento ya se ha contado.***

EL VIEJO Y LA MONTAÑA

Francisco Lillo Martínez

Ilustraciones: Pedro Robles Ramos

Un día al amanecer, un anciano llamado Andrés, vio una montaña altísima que había surgido de la nada. Le extrañó muchísimo, pues él paseaba por aquel lugar todos los días y nunca la había visto. Era blanquecina, como surgida de un mar de agua jabonosa que se elevaba como pompas de espuma gigantes sobre un cielo limpio y claro.



Se sintió tan intrigado por este fenómeno que decidió emprender el camino hacia el lugar con su nieto, un niño de siete años.

Al principio le agrado la idea que con tanta determinación se había propuesto, pero pasado un trecho del camino el asma que padecía se hizo notar en toda su crudeza. Sentía un profundo ahogamiento como si le faltara el aire. La frente y las sienes le chorreaban de sudor y los cristales de las gafas se le empañaban.

Una vez repuestas las fuerzas, emprendieron la marcha ascendente hacia la sierra que tan bien conocían, pero el camino era tortuoso y agotador para el viejo, y ello le hacía detenerse mientras Juanito, así se llamaba el nieto, encontraba muy divertida la nueva ocurrencia del abuelo.

Cuando hubieron atravesado la distancia que los separaba de la colina, que era considerable, lo que para el niño era un juego, para él era un suplicio. A su avanzada edad y achacoso cuerpo, se podía considerar una proeza el camino recorrido. Cualquier persona hubiese desistido de seguir adelante, pero él no era de los que se daban por vencido. Arriba le esperaba el ansiado tesoro de la eterna juventud, el sueño dorado que buscan todos los mayores. El de saberse todavía con vitalidad para alcanzar cualquier meta. Animaba al chico, y se animaba así mismo:

—¡Ya estamos, Juanito... que nos queda poco!

Cuando apenas habían alcanzado un tercio de la ascensión Andrés tuvo que sentarse, jadeante, para recuperar el aliento, mientras el chiquillo disfrutaba de lo lindo con esta aventura. Un dolor atroz consumía las pocas fuerzas que le quedaban y le obligaba a descansar en medio de los peñascos que le servían de asiento. En su delirio veía las aves volar, ligeras, y pensaba que si fuera una de ellas, emprendería el vuelo para ir a donde quisiera sin que se lo impidiera su pobre cuerpo deforme, que actuaba como un contrapeso que le obligaba a postrarse sobre la tierra.

Continuaron ascendiendo por el camino. Caminaban en silencio. El sendero se hacía más inclinado a medida que avanzaban. Volviéndose, Andrés miró hacia abajo: el pueblo se empequeñecía como si fuera de juguete. La travesía había sido penosa, pero se sentía recompensado por las vistas tan espléndidas que se le ofrecían.

—Qué paisaje tan formidable, ¿verdad? ¿Ves ese edificio blanco, junto al pueblo, Juanito?

—Sí —respondió el niño—. Es mi colegio. Qué pequeño se ve desde aquí.

—Sí, todo parece muy chico —corroboró el anciano.

Como un poseso emprendió de nuevo junto a su nieto la subida, que al igual que un perrillo correteaba a un lado y a otro, observando todo con su curiosidad infantil. El sendero era angosto y, a ello, se unía la dificultad de ser un camino sembrado de maleza punzante, que arañaba la piel y las vestiduras. Con una tenacidad enfermiza se enfrentó a los elementos, desafiando a las corrientes de aire, que cuando más alto, más fuertes; al frío que se hacía más intenso cada vez; y lo peor, a la gravedad que ejercía su masa corporal, pugnando por arrastrarle pendiente abajo. Después de desfallecer varias veces se recostó en el suelo, ante el asombro del chiquillo que veía a su abuelo con inquietud.

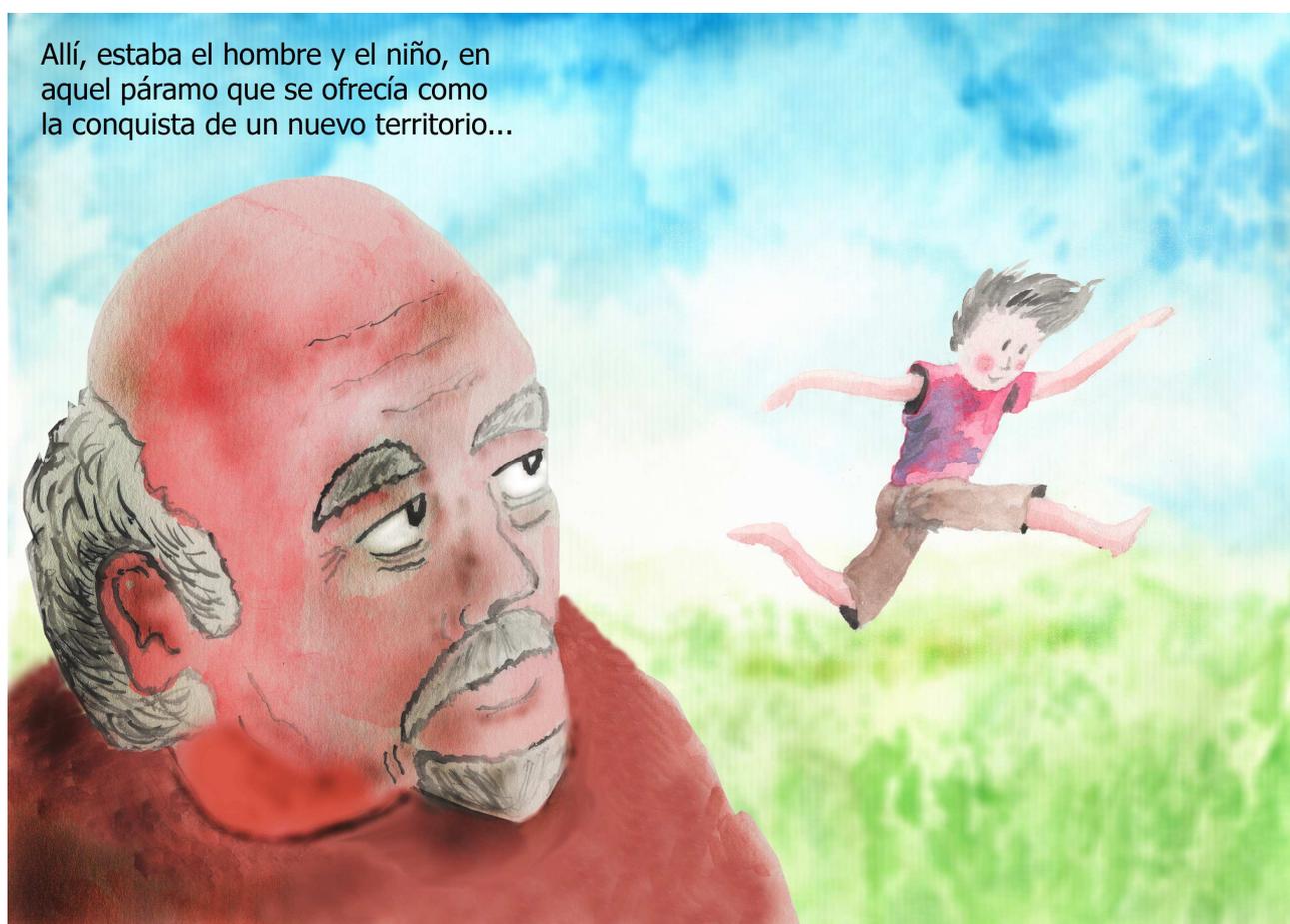
—¿Te pasa algo, abuelo...?

—Espera, hijo... que descanse un poquito —susurró el viejo agotadísimo.

Poco después se pusieron de nuevo en marcha. Con la fuerza de una voluntad de hierro, que no del cuerpo, pues estaba extenuado, y un esfuerzo sobrehumano, consiguió al fin, más muerto que vivo, su objetivo. Había vencido a las debilidades terrenales gracias a su perseverancia.

¡Qué viejo más tenaz! Su osadía había dado resultado. Por fin llegaron a la cima, Andrés, agotado y exhausto; Juanito, sonriente como unas pascuas, vio que era plano donde podía corretear a sus anchas. Ya en la cumbre se dispuso a saborear las mieles del triunfo, cuyo premio era contemplar la tan majestuosa montaña que le había llevado hasta aquel lugar, pero el monte fantasma había desaparecido. Igual que vino se fue. A lo lejos el cúmulo de nubes de aspecto jabonoso que antes había formado una gran mole se había deshecho al capricho de las corrientes de aire, y ahora estaban dispersas y estrelladas por un cielo radiante y luminoso, pero pese a ello, después de haber perseguido una utopía, el anciano no se contrarió, al revés había colmado sus expectativas al vencer a las dificultades.

Allí, estaba el hombre y el niño, en aquel solitario páramo que se ofrecía como la conquista de un nuevo territorio, y bajo el techo de la bóveda celeste tenían el mundo a sus pies.



UN MUNDO MÁGICO

Andrea Aracil Climent

Ilustraciones: Silvia García del Pino

¡Aparecieron de repente en un mundo mágico! Qué extraño era todo y que formas más raras tenían todas las cosas... Y de repente, de la nada, apareció una persona increíblemente alta y con una larga túnica azul muy brillante.

-Hola amigos míos-dijo-. Os doy la bienvenida a mi mundo mágico. Mi nombre es Estrellus y os guiare en el viaje hasta 'la Dorada'.

Los niños, muy sorprendidos se miraron unos a otros para intentar así lograr alguna explicación. Cris era una niña de 8 años bastante alta para su edad y pelo rubio muy liso y larguísimo, Sam con 10 años de edad castaña y bajita pero la más fuerte de toda su clase y por último Max, 12 años, moreno, ojos azules y con mucho sentido del humor aunque el más mayor de todos ellos.

Estrellus les guió por un túnel con reflejos similares al de un arcoíris hasta ver una luz blanca a lo lejos, una vez allí les dio a cada uno un caballo con alas para surcar los cielos rosados y haciéndolos dirigirse hacia la fabulosa Dorada que sería un misterio hasta que la vieran con sus propios ojos...

Los tres amigos se montaron en los caballos y salieron volando hacia lo misterioso.



Aterrizaron en un valle, con pequeñas montañas de color azul y malva pero todo estaba entre sombras sin un rayo de luz, lo cual era una pena. E hicieron una larga caminata hasta un enorme palacio situado a lo lejos. Golpearon el portón muy fuerte y les abrió una señora muy hermosa con un vestido hasta los pies y muy pomposo.



-Os estaba esperando, seguidme, os mostrare el gran secreto...- dijo ella.

Caminaban detrás de ella con paso ligero pero no podían impedir en echarle un vistazo a las cosas de su alrededor de vez en cuando. Todo estaba hecho de un material transparente y frágil como no existía nada mas, pero entonces la vista de nuestros amigos se topo con una gran puerta dorada y al abrirse sola se quedaron boquiabiertos.

-Tomar, estas son las tres baritas con toda la magia de nuestro mundo en estas tendréis, ligereza, agilidad y valentía esas principalmente pero al igual de muchas más. Una vez que entréis sabréis inmediatamente lo que tendréis que hace. Suerte y que la magia os guíe.

Los niños con las baritas en mano y aun más asombrados cruzaron la línea que dividía el interior del palacio con lo que se escondía detrás de la puerta y a continuación se quedaron mirando a todos los seres que revoloteaban encima de sus cabezas felizmente. Hadas, eso es lo que eran, hadas, de infinitos colores, en ocasiones indescriptibles y ahí la vieron, la única, la más brillante, la Dorada.

-Estáis aquí para traer de nuevo los rayos de luz a nuestro mundo, para inundar otra vez de belleza todas las zonas de este, estáis aquí para volver a revivir la magia que nos rodea a todos. -dijo la voz de Estrellus-. Para eso, tendréis que utilizar vuestras varitas y colocar las hadas de tal forma que la última sea la Dorada y así atraer la luz del sol, a continuación veréis su efecto. Animo chicos, lo haréis bien, y su voz dejó de oírse.

-¡Muy bien!-dijo Max-. Haremos un grupo con todas las hadas, pero... ¿Qué forma haremos para que el rayo de sol las detecte?

-Y si hacemos algo relacionado con la Navidad, ya que falta poco para que llegue...-dijo Cris.

-¡Sí! Podríamos hacer la forma de un árbol de Navidad y en vez de poner una estrella en la copa podríamos poner el hada Dorada!-dijo Sam.

-¡Siiiiiii! -gritaron todos de la emoción.

-Bien, pues agitemos los tres las baritas y señalando las hadas las colocaremos de en una en una haciendo la forma del árbol.-dijo Max.

De las baritas salió una lluvia de purpurina haciendo un camino y encaminando a las hadas y colocándolas a cada una en su sitio. Sam por último puso la Dorada y de repente un foco de luz brillante, viva, con total esplendor iluminó todo el árbol de Navidad haciendo relucir todas las hadas y de repente el foco de luz se expandió por todos los sitios, llenándolos de luz, color y viveza. Los animales del mágico mundo asomaron sus cabecitas hacia su nuevo hogar soleado y rebosando de magia de nuevo. Los niños salieron corriendo hacia el valle y felices se pusieron a jugar con los animalitos. Estrellus, la hermosa mujer, y muchas más personas aparecieron donde estaban ellos y todos agradecidos por lo que acababan de hacer y por el don que ellos tenían, celebraron una gran fiesta y les prepararon para el viaje de retorno a sus casas con un medallón cada uno por si querían visitarles y llenarse de magia cuando les apeteciese.

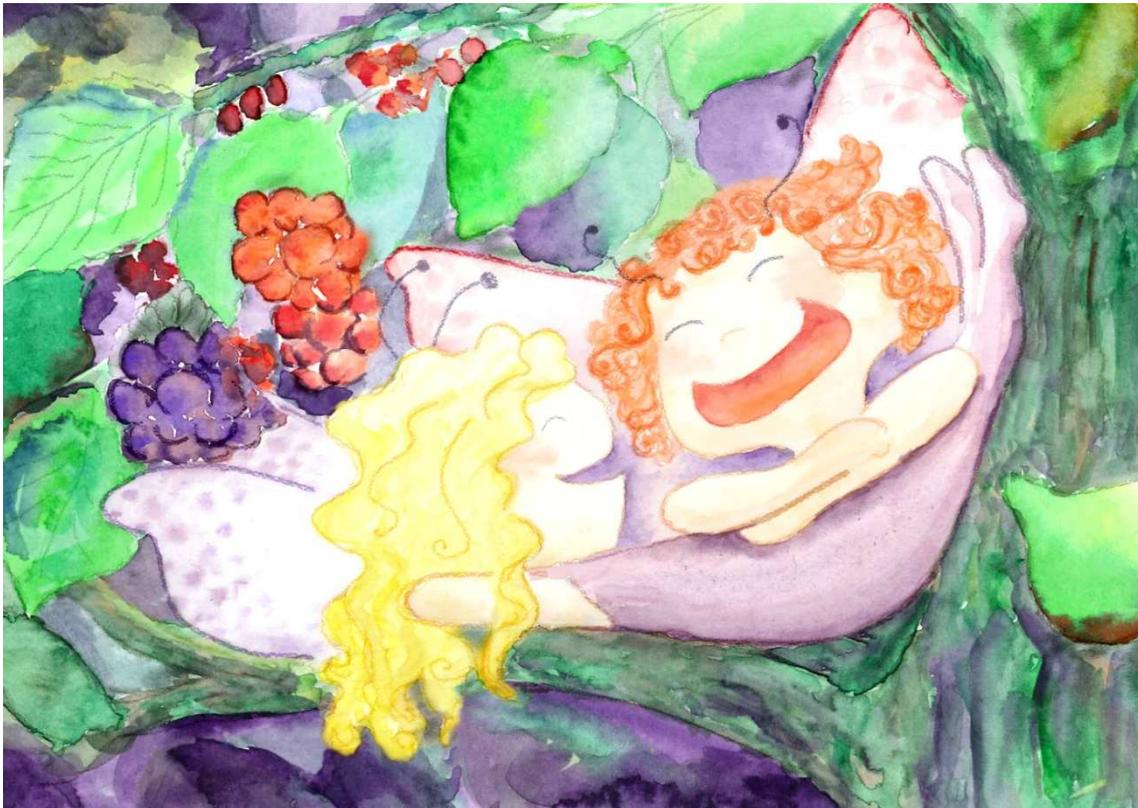
LAS 7 MARIPOSAS MAGICAS

Daniel Segovia

Ilustración: Lola Fernández Lentisco

En un lugar donde reinaba la magia hace mucho tiempo, existía un misterioso bosque encantado que por el día lucía colores vivos y llamativos, pero por la noche, se convertía en un lugar triste y apenado de colores grises. El bosque permanecía bajo el «hechizo de luna» lanzado por la malvada bruja, al saber que habían nacido siete mariposas mágicas. Un encantamiento que hacía que los colores se borrasen cada vez que salía la luna.

Las siete mariposas vivían en el árbol más alto. Eran grandes y hermosas, con unas alas de terciopelo pintadas con purpurinas y colores llamativos y con adornos bordados en oro y plata. Todas tenían una sonrisa dulce y transparente como las aguas cristalinas. Pero cada una de las siete mariposas era de un color diferente.



Por la mañana el mismísimo sol gris, iluminaba un bosque triste y ceniciento.

Entonces las siete mariposas empezaban a despertarse, moviendo sus alitas poco a poco. Tenían que repintar todo el misterioso bosque, pero con rapidez y cautela, para que no se enterara la malvada bruja.

La mariposa verde era la mayor, por eso era también, la más responsable y ordenada. Ella le daba color a la copa de los árboles, a las hojas y al césped. Según iba acabando de pintarlos los animalillos del bosque sonreían de felicidad, al ver que las cosas volvían a recuperar su color durante unas horas.

La mariposa naranja tenía unos mofletes muy redondos, se dedicaba a pintar muchas de las frutas y las verduras: las zanahorias, las calabazas, las naranjas..., le gustaba tanto pintar, que incluso había días que pintaba el atardecer.

La mariposa amarilla era la más perezosa, le encantaba dormir, y siempre protestaba cuando se tenía que levantar tan pronto, porque ella, era la que tenía que pintar el sol antes de que empezara a calentar demasiado y derritiera sus alas.

La mariposa violeta era muy glotona, a todas horas estaba comiendo, por eso empezaba siempre la última. Se dedicaba a pintar todos los animales del bosque, le daba igual, animal que veía, animal que pintaba: las ardillas, los ratones, los lobos, los ciervos... Todos eran de color violeta.

A la mariposa azul le gustaba vestirse como las princesas, era presumida y coqueta, y se dedicaba a darle color al cielo, a las nubes esponjosas como los algodones de azúcar y a las aguas de los mares.

La mariposa roja estaba enamorada de la vida y le gustaba mucho la Navidad, le gustaba tanto, que lo único que hacía era colorear las rosas, las amapolas y la flor de pascua.

La mariposa de color añil era la más rara, ella repasaba todo lo que las demás pintaban, dándole luces y reflejos y era también la que se encargaba de vigilar por si se acercaba la bruja malvada.

Las siete mariposas trabajaban duramente todo el día para que todo estuviera reluciente y lleno de vida, pero cuando el sol se iba a dormir y la luna asomaba la nariz, las mariposas caían rendidas de cansancio. Entonces el bosque encantado, poco a poco, iba perdiendo los colores, volviendo a su tono triste y ceniciento.

Así estuvieron mucho tiempo, hasta que un día la bruja decidió darse un paseo con su escoba mágica, a ver como marchaban las cosas en su bosque encantado. Cuando sus pequeños y feos ojos divisaron el bosque, no dio crédito a lo que estaba viendo, incluso se frotó los ojos, por si contemplaba un espejismo. El bosque encantado estaba lleno de luz y colores vivos. La bruja se enfadó tanto que se fue a su guarida para hacer un hechizo contra las mariposas.

A la mañana siguiente, cuando las 7 mariposas de colores, se preparaban para pintar el bosque, la bruja malvada de la verruga en la nariz, había preparado una terrible trampa. Sin que se dieran cuenta, les echó unos polvos mágicos para que no pudieran volar y así las pudo capturar una a una, encerrándolas en una jaula de hierro viejo.

Al día siguiente, cuando los animalillos y las plantas; el cielo y las nubes; los mares y el sol se dieron cuenta de que su mundo seguía gris, se pusieron muy tristes. Los días pasaban con la misma pena y el mismo color gris. Las plantas no tenían ganas de florecer, los animalillos apenas comían, los niños de la aldea ya no jugaban a la pelota y el sol no calentaba.

Tan tristes se pusieron, que las nubes lloraban de pena y las 7 mariposas, al notar que se mojaban, sacudieron las alas, lanzando al viento miles y miles de gotas de agua, impregnadas con sus colores. Todos los habitantes del misterioso bosque miraron el espectáculo, incluso el sol se hizo un hueco entre las nubes, y entonces ocurrió algo mágico: sus rayos tocaron las gotas de agua y desde un horizonte a otro, cómo un espectro de luz, surgió el arco iris, cubriendo todo el bosque encantado. «¡Magia! ¡Magia!» gritaban todos, locos de alegría, «¡Por fin vuelven los colores! Desde entonces, cada vez que llueve y sale el sol, las 7 mariposas mágicas aletean con alegría, indiferentes a su triste destino, lanzando al viento los colores que el arco iris dibuja en el cielo, mientras la bruja malvada de la verruga en la nariz se muere de rabia al verlo.